

POESÍAS DE CUELLAR.

---

SEGUNDA PARTE.

---

MIS PRIMEROS VERSOS.

---

1848.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO



## MEDITACIÓN

LEIDA POR EL AUTOR EN EL PRIMER ANIVERSARIO  
DE LA INSTALACIÓN DEL LICEO HIDALGO.

15 de Septiembre de 1848.

ERA la tarde, y entre nubes rojas  
El sol con lento paso descendía;  
El aura mansa en la arboleda umbría  
Agitaba las hojas.

Sobre el mullido cespéd reclinado,  
Á la orilla de límpido arroyuelo,  
Lejos del vano mundo, sosegado,  
Fijaba mis miradas extasiado  
En el cóncavo azul del claro cielo.

Blando susurro, plácida armonía  
Se escucha por doquier: la noche en tanto

Va recorriendo ceniciento manto  
 Ante la luz del día.  
 La niebla se levanta lentamente  
 Del lago manso á la gigante cumbre,  
 Y forma un cortinaje transparente,  
 Del que á traves se mira en Occidente  
 Del astro rey la moribunda lumbre.

¡Oh, qué me place contemplar del día  
 La última luz sobre el opuesto monte,  
 Y de grana teñido el horizonte,  
 Donde la noche umbría  
 Extenderá su negra colgadura.  
 ¡El sol! ¡el sol! de Dios inmensa tea,  
 De Dios tan solo portentosa hechura,  
 Que al descender de su encumbrada altura  
 En un mar de zafir se enseñoera.

¡El sol! ¡astro magnífico! el destino  
 Constante que te guía por la esfera,  
 Es la mano del Solo que pudiera  
 Pararte en tu camino....  
 En tu camino.... ¡ay triste! ¿y qué sería  
 Del pobre mundo sin tu lumbre pura?

¿En una noche eterna viviría?  
 No: que sin tí segura encontraría  
 Tan solo su infinita sepultura.

Te vas, ¡oh sol! á iluminar lejana  
 Otra región, á despertar un mundo,  
 Á quien cual nuncio, en su dormir profundo  
 Le envíes la mañana;  
 Así tambien en nuestro Oriente oscuro  
 Fiel precursora de tu luz dorada,  
 Detras del alto, derruido muro,  
 Aurora asomará su disco puro,  
 Con velos de amaranto coronada.

Por eso en el crepúsculo me inundo  
 De indecible placer; el sol se hunde  
 Tras de la parda cima, y se difunde  
 La sombra por el mundo.  
 Por eso ¡oh tarde! solitario, errante,  
 Busco tu grata y apacible calma;  
 Por eso á meditar vengo anhelante,  
 Porque dichoso de tu faz delante  
 De religion, de fé se inunda mi alma.

Es la hora de quietud... los blandos sueños

Leves hendiendo la región vacía,  
 Para extinguir la animación del día,  
     Derraman sus beleños.  
 Es la hora de quietud... gime la fuente  
 Y gime la paloma en la enramada  
 Con dulce murmurar, con voz doliente;  
 Se ve al pastor con paso indiferente  
 Guiar por el sendero su manada.

Yo te amo, ¡oh tarde! yo amo tu armonía,  
 Hora de paz, me gozo en tu hermosura;  
 Tu fresca brisa al respirar tan pura,  
     Me trae la melodía  
 De las canoras aves, tarde amena,  
 al escuchar en la pradera verde  
 El canto de la parda filomena,  
 Mi mente en el delirio se enagena  
 Y la memoria del dolor se pierde.

Del arroyo que pasa murmurante  
 Al discurrir la onda cristalina,  
 La tierna grama de su borde inclina,  
     Y piérdese al instante...  
 ¿Y á donde vá cruzando presurosa

Entre juncias y alfombras de verdura,  
 Con pabellón de madreSelva y rosa,  
 Y con música, dulce, melodiosa,  
 Que entona el ave en la floresta oscura?

¿Y á dónde vá el mortal? ¿Tambien su vida  
 Está sembrada de pintadas rosas;  
 Después llega á veredas tortuosas

    Y á un mar en su caída...!  
 ¡Á un mar! ¡á un mar cuyo profundo seno  
 Ha tragado á los siglos lentamente!  
 De víctimas jamás estuvo lleno,  
 Y de la muerte el matador veneno  
 Envía más y más constantemente....

¿Y esta sentencia no escluirá á ninguno,  
 Que una segur terrible levantada  
 Irá lanzando á la insaciable nada

    Mortales uno á uno...!  
 ¿Jamás se llenará? ¿aunque algún día  
 Suene en el mundo la funesta trompa  
 Y el Supremo Hacedor de la armonía,  
 Para dejar á la creación vacía,  
 Los duros ejes de la tierra rompa?

.....

Altos arcanos son, en vano lucha  
 La mente del mortal; la duda impera.  
 Opuso Dios altísima barrera  
     Ante su ciencia mucha.  
 Y el hombre, el hombre que insensato siente  
 La duda germinar, de orgullo henchido  
 Eleva al cielo la ardorosa frente  
 Y demanda, infeliz, para su mente  
 Un destello de luz apetecido.

Clama, y en vano con sus voces llena  
 El ancho espacio; cércale la duda,  
 Que su saeta al enterrarle aguda  
     El pecho le envenena.  
 Y llora ¡triste! en su falaz desvío,  
 Porque intentara con su orgullo insano,  
 En su infelice, loco desvarío,  
 Con atrevido pensamiento impío  
 El velo descorrer del hondo arcano....

¡Cuántas veces lloré! y cuántas veces  
 Sobre la áspera peña contemplando,  
 Sentí en mi pecho con dolor filtrando  
     De la duda las heces.

Yo contemplé la mar, el bosque umbrío,  
 Y al dirigir mi vista al alto cielo,  
 Surcó veloz el pensamiento mío  
 Por el éter purísimo, vacío,  
 Para rasgar el misterioso velo.

Y luces vi de nítido diamante  
 Esparcidas doquier; blancas estrellas  
 Que lanzaban de sí cada una de ellas  
     Destello rutilante.  
 Magníficos fanales misteriosos,  
 ¿Sois acaso las fúlgidas moradas  
 De los que, el mundo al olvidar dichosos,  
 Volaron á escuchar los deliciosos  
 Conciertos de las músicas sagradas?

¿Quién sois, cuyo brillar nunca sereno,  
 Así la luz de vuestra faz fulgura,  
 Desde esa inmensa, incomprensible altura,  
     ¿Qué existe en vuestro seno?  
 ¿Guarda, tal vez, de la divina esencia  
 Un átomo que Dios destina al hombre,  
 Ya libre de su mísera existencia

Cuando llegada la fatal sentencia  
Del Supremo Hacedor la voz le nombre?  
.....

¡Siempre dudar! y en la mezquina mente  
Siempre la sombra del error oscura.  
Tósigos ¡ay! apuro de amargura,  
Si indago vanamente  
De la creación el misterioso encanto.  
Por eso, ¡oh tarde! en tu tranquila calma,  
Vendré á escuchar del rui señor el canto,  
Y á procurar alivio á este quebranto,  
Cruel, agudo torcedor del alma.

Yo beberé tus auras bullidoras  
Henchidas de suavísima fragancia;  
Recordaré de mi feliz infancia

Las encantadas horas:

Y si al fijar mi vista fatigada  
En el azul del estrellado cielo,  
Volviere yo á sentir duda obstinada,  
La blanca fé, de luces rodeada,  
Al alma triste le dará el consuelo.



## A LESBIA

EN EL DESIERTO.

VEN, Lesbia, ven, sobre mi pecho ardiente  
Reclina sin cuidado,  
Llena de amor, la entristecida frente;  
Que quiero abandonado  
Del mundo todo, en placentera calma,  
Á tí tan solo consagrar mi alma.

Ven, calmaré tu duelo y tus dolores;  
Aquí sobre la alfombra  
De tierna grama y de silvestres flores,  
Á la tendida sombra  
Del verde cedro y de la encina hojosa  
Entablaremos plática sabrosa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, N.M.

No te pese trocar la selva umbría  
 Por tu dorado asilo;  
 Que aquí siempre tendrás, paloma mía,  
 El corazón tranquilo,  
 Y aquí no más de la fugace vida  
 Encontrarás la paz apetecida.

Dime, Lesbia, mi bien, ¿por qué suspiras;  
 No sabes en el mundo  
 Lo que el brillo y la pompa son? ¡mentiras!  
 Un cenagal profundo  
 De vicios es, donde en perpetua farsa  
 Bulle la loca mundanal comparsa.

Allí al impulso de amoroso fuego,  
 Avaro de delicias,  
 El hombre busca, delirante, ciego,  
 De otro sér las caricias;  
 Pero bien pronto el corazón vacío  
 Solo siente, infeliz, árido hastío.

Allí el amante que de amor delira,  
 Artero, fermentado,  
 Contra el honor de su beldad conspira;

Y el lúgubre gemido,  
 Que arranca al desdichado la agonía,  
 Confúndese en el ruído de la orgía.  
 Allí en pos de mezquino y ruin tesoro,  
 Avaro de riqueza,  
 El hombre ciego al esplendor del oro,  
 Con bárbara fiereza,  
 Derramando la sangre del hermano,  
 Sacia insolente su ambición insano.

¿Qué te importan del mundo las delicias,  
 Los mentidos placeres,  
 Si aquí de amor te embriagan mis caricias,  
 Si aquí tú sola eres  
 Mi bien, mi adoración, Lesbia divina,  
 Creación de mis ensueños peregrina?

Olvida el vano mundo y sus tesoros,  
 Olvida, sí, sus flores  
 Que pasan ¡ay! cual rápidos meteoros,  
 Y acerbos sinsabores  
 Dejan en pos de sí por su camino;  
 Precisa huella que marcó el destino.

Si aquí jamás el hálito iracundo  
De férvidas pasiones,  
Emponzoñado zéfiro del mundo,  
A nuestros corazones  
Ha de llegar, bien mio, ¿por qué lloras,  
Si aquí han de ser dulcísimas las horas?

Placeres! dulce y halagüeño nombre;  
Fantasmas con que sueña  
En esta vida deleznable el hombre;  
Perspectiva risueña,  
Donde al tocar sus encantadas flores,  
Se encuentran solo abrojos punzadores.

¿Qué te importan espléndidos festines,  
Do su grandeza ostenten  
Mil nobles esforzados paladines,  
Si en sus sonrisas mienten  
Dicha y quietud, y su ánima intranquila  
Entre la duda y el temor vacila?

¡Ay! Lesbia, yo no quiero en ese mundo  
De crímenes y duelo  
Vivir cercado, de pesar profundo;  
Aquí á tu lado anhelo

Pasar los días de mi vida hermosa,  
Siempre gozando de quietud dichosa.

De alma quietud, porque de noche y día  
Sin perder un instante,  
Viendo estaré tu gracia y gallardía,  
Enamorado amante;  
Yo cantaré mil cántigas de amores  
Al par de canoros ruiseñores.

Vagaremos, mi bien, por la llanura,  
O por el bosque umbrío,  
Aspirando en el aura la frescura  
Del murmurante río,  
Que tersará sus ondas cristalinas,  
Porque veas tus formas peregrinas.

Aquí sentados en el soto ameno  
Sobre cojín de grama,  
Reclinaré mi sien en tu albo seno;  
Y si tu pecho me ama,  
Yo escucharé del corazón ardiente  
Cada palpitación atentamente.

En el silencio de la selva umbrosa,  
Entonarás canciones;



Y de tu voz angélica, armoniosa,  
 Las dulces vibraciones  
 Harán callar los cánticos suaves  
 De las pintadas, trinadoras, aves.

Gozaremos aquí la brisa pura  
 Que vaga perfumada,  
 Y entre las flores sin cesar murmura  
 En la tarde callada  
 En que reina la paz, la blanda calma,  
 Y amor respira todo para el alma.

Ven, Lesbia, ven, aleja de tu mente  
 Los locos desvaríos;  
 Ven, en mi frente posarás tu frente,  
 Tus labios en los míos,  
 Y en dulce y voluptuoso arrobamiento,  
 Confundirás tu aliento con mi aliento.

Solo aquí está la paz, solo aquí el alma  
 Disfruta venturosa  
 De esta envidiada y apacible calma,  
 Ven á gozarla, hermosa;  
 Ven, en mis brazos hallarás un mundo  
 De inmenso amor, y de placer profundo.

Ven, Lesbia, y adormida en mi regazo  
 Tu vida con la mía  
 Una el destino con estrecho lazo,  
 Hasta que llegue el día  
 En que el hálito marque de la muerte  
 El «*hasta aquí*» de nuestra dulce suerte.

